

Por Gabriel Henao Mejía
Alumno Fundador
y Abogado Egresado de la U.P.B.

Pocaterra

ITINERARIO A LA ZAGA DEL REMORDIMIENTO

Carlos marchaba al garete, dejando que la cabalgadura, ella sola, buscara el camino del regreso. Ni el paisaje que cruzaba en mal camino, ni el monótono ambiente de esa hora vespertina, nada le inquietaba, nada le distraía. Sólo su pesadumbre, colgada como lastre incómodo a su vera. Una pesadumbre que fue tornándose, por extraña alquimia psicológica, en un tremendo remordimiento que era para él, ahora, algo así como un ubicuo peón de estribo en su itinerario de regreso. Un remordimiento de haber obrado mal hacía nueve meses, y también de haber obrado mal ahora. Remordimiento frente a Dios, remordimiento frente a Inesita, remordimiento frente a sí mismo. A su zaga mantenía al extraño acompañante que lo asediaba y acosaba, que lo fijaba a la tierra como peso muerto del cual no podía desprenderse. Su espíritu era para ese remordimiento un dócil corcel al que espoleaba y gritaba, llevaba del cabestro o animaba a latigazos, sin compasión ni descanso. Toda la pesadumbre de antes, que tenía tan caros nombres propios, se había escurrido cielo arriba o sierra abajo para dar campo a este amargo huésped que lo ataba y confundía, que lo mantenía insular en mitad del paisaje, marchando al garete por el camino que lleva a la capital.

Ya por la noche llegó a aquel pueblo que distaba de Pocaterra cinco horas a buen paso de Covadonga. Las sombras caían lentamente sobre las cosas. Sobre el burgo que pretendía encandilar la oscuridad con su recién estrenada luz eléctrica. Sobre las ranas que croaban en el vecino riachuelo. Sobre una recua de mulas que viajaba en contraria dirección y que en algo se disciplinaba gracias a la vocinglería pornográfica de un arriero, lo que favoreció un súbito parangón de Carlos entre los sucios y díscolos discípulos de don Nicolás y el equipo mular atravezado en la vía. Sobre unas gallinas asustadizas y unos re-

NOTA. — Dos capítulos de una novela que no busca editor.

centales ariscos. Sobre el camino zigzagueante que era algo así como un brochazo de siena, indeciso y discontinuo sobre la ladera montañosa. Sobre los árboles y las flores, sobre las cosechas inmaduras y el ábside de la iglesia parroquial. Sobre una choza sencilla y unos sencillos campesinos en trance de rezar. Sobre los gritos destemplados de dos borrachos que clausuraban el descanso dominical con una limeta de aguardiente. Sobre el silencio de las horas. Aún sobre el olor agreste de aquel sitio. Y sobre el mismo Carlos y su trajinado caballo. Sólo su remordimiento escapaba a aquellas sombras que caían lentamente sobre El Remanso. Sólo él, abrazando e iluminando torturando y cercando el espíritu de Carlos, con obsesiva impiedad. Sólo él, izado en el mástil de sus pensamientos con pertinacia febril.

Aquel pueblo no era como Pocaterra. Los pueblos como los hombres tienen su destino. Unos crecen y otros se achican. Unos progresan y otros se anquilosan. Este tenía casi vida propia. Y una buena iglesia y un regular hotel. Y un hospital y un médico. Hasta abogado había. Y una recién estrenada luz eléctrica. Un parque y un colegio. Y un cura que buscaba a Dios por diversos caminos a los del Padre Andrade. Había comercio y buen mercado. El pueblo, no hay duda, tenía casi vida propia. En Pocaterra todos estaban resignados a su destino. Aquí no. Un grado más en la temperatura, pero muchos más en los propósitos.

Carlos llegó al hotel. Estaba ubicado en la plaza principal, como allá decían con ufanía no disimulada. Y recordó que un compañero suyo de bachillerato era ahora el cura de El Remanso, paradójico nombre de un pueblo con afares de ciudad.

Después de la comida Carlos fue a visitar al párroco. Lo encontró en la casa cural, al lado de la iglesia. Confortable mención, bien equipada y con gusto. En el saloncito-biblioteca lo halló, dedicado a rezar el oficio cotidiano.

—Pero Carlos... tú?

—El mismo, Padre Durán.

—No puedo permitir que me llames así. Dime Antonio como en aquellos tiempos. Y qué lejos van quedando, verdad?

—Sí, ya van siendo tan viejos, que parecen mentira, pero una grata mentira que no podremos olvidar.

—No te veía desde mi ordenación sacerdotal. Qué hay de tí?

—Poco en verdad. Dios que te encontró a tí, a mí me ha dejado de su mano.

—No digas blasfemias, hombre. Sé que ya has triunfado en tu profesión. Te casaste?

—No.

—Pero ya habrá algo en vías a ello, no?

—Nada —dijo con gesto amargo, que el párroco no pasó desapercibido. Y por el camino de los recuerdos el diálogo encontró su hilación y su viveza.

—Te acuerdas Antonio de nuestros buenos tiempos de estudiantes?

—Vaya si me acuerdo. Qué hay de nuestros compañeros?

—Casi todos viviendo su vida más o menos mal o bien, según como se la mire. Tú eres el más afortunado, porque encontraste la plenitud de la vocación en el sacerdocio. Si desde que eras novio de Margarita, ya tenías alma de apóstol. Acuérdate de cómo la instabas a portarse bien. Cosa que por cierto no aprendió. Ahora está casada con Jaime, aquel bribón que casi arruina a tu padre con malas artes. Ninguno de los dos ha cambiado, como no sea para mal, y en los costureros y mentideros de la capital hay mucho chisme desagradable sobre sus vidas.

—Pobre Margarita. Yo no fui novio suyo, sólo un amigo que se impuso la obligación de enderezar sus instintos. El amigo de veras eras tú y por cierto que muy celoso de mis interferencias que no eran otra cosa que deseos de salvar esa muchacha del mal camino que ya se adivinaba en su vida. Ni quiero recordar aquello, que es quizás el detalle más amargo en mi vida, amargo porque se frustró mi propósito, por tu culpa quizá. Pero olvidemos aquello; Dios me ha dado su gracia, me ha marcado y aquí vivo feliz, gracias a El, entregado de lleno a mi apostolado.

A Carlos, el recuerdo de Margarita le apretó el corazón. Hacía tiempo no pensaba en ella y ahora regresaba impensado su recuerdo, con olor y sabor en la memoria de fruta ácida que duele y agrada al mismo tiempo. Para desechar sus pensamientos dijo con énfasis:

—Sabes que Jorge se suicidó?

—No me digas, cómo, cuándo?

—Hace cosa de un año. Sus vicios lo llevaron a ello. Jugaba, bebía, enamoraba y para sostener ese tren de mala vida apelaba a toda clase de medios inhonestos. Era una síntesis de malas pasiones, acumuladas en un cuerpo derrumbado en plena juventud por tan sucios afanes. Al final era un desecho. Recuerdas tus empeños constantes para que él abandona a La Doctora, aquella mujer con quien vivía?

—Fueron vanos en verdad. Dios le haya perdonado las culpas de su vida y esa final cobardía de suicidarse. Y por cierto, dijo con maliciosa intención, que no sólo a él tuve que amonestar en ese apostolado laico que me impuse en el Colegio. A tí también para que no visitaras más a la rubia aquella que te mantenía en pecado mortal.

—Pero conmigo lograste tu propósito. La dejé.

—Para cambiarla por otra, calavera.

—También la dejé.

—Y tú otra novia?

—Cuál otra?

—Eran tantas y duraba tan poco tu galanteo que en verdad debo señalártela. Me refiero a Marta.

—Marta se casó hace años, unos tres, con un viudo rico, don Alfonso Galán.

—Ah, el usurero aquél. Sí, lo recuerdo. De todas maneras contigo no tenía esperanzas. Tú administraste muy mal ese asunto. Quizá ni la querías. Sigues siendo tan descontento, tan insatisfecho?

—Algo, no mucho. Es una buena actitud para no ser nunca un resignado.

Carlos se había evadido de nuevo hacia el pasado. Y una sucesión de mujeres de toda clase y oficio, desfiló por su memoria. Pero para ninguna había tenido nunca un afecto dudadero. Ni el simple placer carnal ni el más limpio amor duraron más allá de su veleidad temperamental. Tal vez Margarita fue casi una excepción que le acicateaba los celos por la asiduidad del ahora Padre Durán en sus relaciones con ella. Porque todo terminó cuando Antonio se fue al seminario y entonces supo o supuso que lo suyo eran celos por la coquetería de ella y no por el amor de él. Orgullo de ser el único. Prevención contra la realidad. Y lo de Inesita? Tampoco era nada ahora, una pesadilla que quedaba atrás, muy a la zaga de su remordimiento. El Padre Durán le cortó de tajo sus reflexiones:

—Tienes que buscar tu camino. Dios proporciona fines si uno proporcioná medios.

—En verdad, pensé que había encontrado mi destino hace poco. Pero no ha sido así. Otra vez me he equivocado. Soy un insatisfecho, un descontento, quizás un extraviado. Y ya desespero de encontrarme.

—Cómo jugazte que habías hallado tu camino?

—Es largo de contar. Pero más mortificante para mi conciencia aún. Te lo voy a decir en confesión. Hay cosas que se dicen más fácil de rodillas, como dice el Padre Andrade, con toda verdad por cierto.

—Ah! Tú conoces al Padre Andrade, en Pocaterra?

—Sí, y él también algo me conoce.

—Sabes que la última vez que vino a confesarse conmigo, creo que lo desilusioné un tanto porque le dije que yo era francófilo en lo de la guerra europea?

—Si le dijiste eso, ténlo por seguro.

—Qué santo y bueno, qué sencillo y noble ese Padre Andrade. El busca a Dios por caminos distintos a los míos, pero a El llegará con más méritos, porque no tiene distracciones en su ruta. Su vida es casi interior, contemplativa. Yo aquí tengo muchos problemas, muchos empeños, mucho trabajo. Los he buscado y no me quejo. El, allá en su arcádica Pocaterra, maneja su curato como Dios manda y sin tropiezos, sin dificultades, sin ambiciones.

—Tal vez yo sea el único que le ha dado dificultades al Padre Andrade. Ahora tengo remordimiento por ello y porque he pecado. Y quiero confesarme contigo.

Hubo una pausa que colmó una buena copa de vino. El párroco se detuvo en las facciones de Carlos. Y lo apreció como antes lo hiciera el Padre Andrade: moreno, bien parecido, arrogante, la nariz alta como una proa, rotunda la boca y los ojos —sin lindero— brillando casi con fiebre. Carlos miró al sacerdote y recordó sus facciones que poco habían cambiado. La cicatriz sobre el ojo derecho, recuerdo de alguna bronca estudiantil y que daba a su rostro una viveza especial; en ella se concentraba toda la fuerza expresiva de su rostro. Era alto y fornido, todo un ejemplar de varonilidad. Había perdido de su color blanco a causa de sus idas y venidas por todos los rincones de El Re-

manso. Pero se mantenía en plena juventud, notoriamente más que Carlos, a pesar de ser contemporáneos.

Después dobló Carlos la rodilla ante el sacerdote. Ya no era el amigo y compañero de tantas cosas frívolas de antaño. Ahora era quien había recibido de Dios el poder eminente de guiar y perdonar, de curar y enderezar las almas.

Ya sabía Carlos que había obrado mal. Que había pecado. No se le había ocurrido eso antes. Ni hacía nueve meses, ni tampoco el día de su vuelta a Pocatererra. Fue en su itinerario de regreso, cuando viajaba al garete, cuando se esfumó su pesadumbre cielo arriba o sierra abajo, para dar sitio a su remordimiento. Remordimiento ante Dios, ante Inesita, ante sí. Era un lastre del cual no podía desprenderse. Era la conciencia indagando y recordando, aguijoneando y espiondo. Era él, atormentado y sometido. Por qué había llegado en forma tan súbita y tardía ese ubicuo huésped? Carlos era un insatisfecho y el Padre Antonio lo había dicho con acierto. Y su insatisfacción lo llevaba, por extraño camino, a la despreocupación. De su descontento hacía una caparazón que lo libraba de todo pesar. Había vivido una vida liviana, holgada, fácil. Pero nada colmaba sus aspiraciones, ni halagaba sus propósitos. Era un esperanzado que a cada momento quebraba ilusiones y quemaba trayectorias, para dar campo a otras. Sus estudios fueron eso. Y si poseía un título profesional y si en el ejercicio del derecho había triunfado, todo se debía a su buena fortuna y su clara inteligencia. Y también a su decisión de avanzar, de nunca contentarse con lo logrado, de llegar más allá. Su misma insatisfacción lo espoleaba. Pero lo hacía escéptico y huraño en muchos aspectos. Carlos era una especie intermedia entre aquel Jorge que se suicidó y este Antonio que se hizo sacerdote. Una contemporización de cosas buenas y malas, aptas y equivocadas, sanas y dañinas. Era un introvertido, paradójicamente muy sociable, que en medio del ambiente capitalino, aparecía repente para todos, sin que en verdad muchos pudieran decir con certeza que lo conocían.

—Has pecado Carlos —le dijo el sacerdote al terminar la confesión. Pero tu pecado te puede redimir. A veces hay que descender muy bajo para que nuestra miseria nos muestre a Dios. El camino de la gracia lo encuentran, en ocasiones, con más oportunidad quienes desprecian la virtud, que aquellos que farisáicamente predicán su santidad. Dios vela por todos, pero los malos se llevan su predilección. Recuerda la parábola de la oveja descarriada. Entre cien beatas cuya religiosidad no va más allá de la apariencia y un malvado que ignora a Dios, El se interesa más por éste, porque está sólo, desamparado de la gracia y la gracia es la marca de la Providencia en nuestras vidas. Merezcámosla o no, El nos la dá y para quienes viven en el lodo de todos los vicios es tan propicia y dispensadora de arrepentimiento, como para los que viven en un claustro de santidad. Ahora tienes remordimiento y ese es un signo de la gracia de Dios. La contrición del corazón nos acerca a El. Nos hace dignos de El. Y nos devuelve lo que perdimos de nosotros mismos, de nuestra integridad racional por obra de la culpa. Es una reintegración espiritual y un proceso psicológico de retorno a lo normal, y lo normal es lo honesto. La terapéutica admirable de

la confesión, que no hay otra igual para el alma atormentada por el remordimiento, nos lleva a Dios de nuevo y nos abre el camino de la verdad en nuestro destino humano y en nuestra signatura de hijos de El. Dios busca al caído. La religión es esperanza. Y es amor. El hijo pródigo tiene más predilecciones. Se lleva las complacencias del buen padre. Lo mejor de la casa es servido por la alegría de su retorno. El hijo fiel apenas si es pasivo espectador en la parábola. Dios es compasivo, omnipotentemente comprensivo. Al que llega a sus eras en la última hora, paga los mismos denarios que al que llegó primero. Ahí está la caridad infinita de Dios que no termina, su gracia que vive pronta, su Providencia que es para todos...

En este momento la luz titubeó y se eclipsó en El Remanso. Si apenas era novicia en el servicio. El sacerdote aprovechó la oscuridad, como un desfiladero, para concluir su amonestación.

—Carlos, mi buen amigo, te decía antes que en tu pecado puedes encontrar tu redención, la redención moral y social. Y también tu destino. Los caminos de Dios son inescrutables y quizás te ha mostrado la buena senda por tan ingrato medio. Regresa a Pocaterra y cástate con Inés. Por lo que me contaste de ella y de tí, ustedes se aman. Sólo que falta comprensión. Eso lo da el tiempo. La base es el amor... esa fuerza que embriaga y eleva, ese motor que impele y alienta, ese calor que arroba y cobija...

Con tan suaves palabras se hizo el milagro de la luz novicia en El Remanso. El sacerdote no continuó. Carlos abrumado, pero leve en su conciencia ya aligerada, dijo:

—Pero antes debo ir a la capital y hablar con el padre de Inésita. Y con mi familia. Creo que en unos pocos meses más, con mi ayuda profesional, don Arturo podrá salir de la cárcel. Entonces regresaré con él y nos acompañarás tú. No te parece?

—Si la demora es poca y tu inestabilidad no resurge, espéremos. Yo te casaré si el Padre Andrade lo permite.

—Recuerda lo de la guerra europea. Por otra parte he hecho sufrir mucho al buen cura por culpa de lo sucedido y bien merece la reparación y la alegría de que sea él quien me case. Pero tú nos acompañarás como agente de enlace.

—Está bien. Ahora borra de tu corazón todo mal deseo. Limpia tu mente de torcidos pensamientos. Arrepíentete y promete la enmienda, que te voy a absolver.

Las palabras rituales cayeron sobre el alma de Carlos lentamente, unciosas, edificantes, alentadoras. El ubicuo peón de estribo huyó sin dejar rastro, se fue esfumando pegado al silbato del policía que intermitentemente, cada vez más lejos, alertaba a los habitantes de El Remanso de que ya era tarde.

El diálogo no pudo reanudarse ya. El paréntesis sacramental lo había roto indefectiblemente. Carlos se despidió y cruzó la plaza en dirección al hotel, aquel hotel de cuya ubicación en la plaza principal se ufanaban sus dueños sin ningún disimulo. Detrás de las puertas y ventanas, absolutamente clausuradas, dormía ya todo el vecindario. El reloj dió las once. Las campanadas rodaron por la desierta plaza como monedas de buena ley. Durmió plácidamente. En la mañana del lunes

asistió a misa en el suntuoso templo parroquial. Y comulgó también. Pero comprobó que había sentido más alivio espiritual en la confesión. No pudo saber por qué. Más tarde el sacerdote lo envió a buscar en el hotel. Y el interrumpido diálogo de la noche anterior continuó con el inventario —muy ufano— de las obras realizadas por el sacerdote. Un inventario que hablaba espléndidamente de la capacidad emprendedora del párroco.

—Este pueblo tiene empuje. No hace falta sino encauzarle sus ímpetus y ya lo he logrado. Tenemos un magnífico templo, un hospital muy bueno, colegio, luz eléctrica...

—Y una casa cural inmejorable, apuntó Carlos con sorna.

—Esa casa cural es del pueblo. A ella llegan todos como a la suya propia. Hay confianza porque hay comodidad, porque hay holgura, porque hay gusto. Yo tengo un sentido de la vida que busca siempre lo mejor, que tiende a lo superior. Hacia arriba que es difícil. Lo que es fácil siempre termina en derrota. En esta casa vivo yo cómodamente, pero acicateado por mil problemas, y por ello ni el espíritu decae ni el entusiasmo merma. Desde mi grato salón-biblioteca, en las horas que la labor ministerial me deja libres, pienso en nuevas obras, en nuevos propósitos, en nuevos empeños para bien de este pueblo. Desde ahí pienso en la miseria económica de muchos, con más tranquilidad y claridad que si lo hiciera en un destartado despacho parroquial como ese que tu conoces del Padre Andrade. Y pensando, por paradoja, en la miseria, de manera tan cómoda, las soluciones son más precisas, más realizables, mejores. Y desde ahí analizo también la miseria moral de muchos, y para ella también busco soluciones. Que muchas veces ésta es consecuencia de aquélla. No soy un teórico. Tu me conociste y no he variado. Cuando planeo algo ya está en vías de cristalizarse. Así ha sido con todo aquí. Felizmente cuento con ese espíritu de avance del pueblo, que aunque no crea a veces mucho en su párroco, al menos no puede dudar de la verdad de sus obras. Mis feligreses son díscolos, tibios, pero hay en su alma un sedimento de bondad que yo trato de acrecer y orientar. A veces son casi irreverentes, sobre todo en vísperas de elecciones, cuando el empeño banderizo les hace olvidar todo el bien que les trae la Iglesia y encuadran, con razón o sin ella pero en todo caso sin necesidad, al párroco en el partido contrario al suyo y que es aquí una irrisoria minoría. Yo expongo la verdad católica limpia y llanamente, en tiempo de elecciones y en todo tiempo. Sin embargo ellos, mis feligreses, la oyen y desoyen según la época, no importa que se contradigan espiritualmente. Así es este pueblo y así son todos. Oyen la voz del sacerdote mientras no contradiga esos "odios heredados" que son la programática de nuestros partidos en muy buena parte. Pero mientras me escuchen yo diré la verdad, tal como es, no importa que los frutos no sean muchos. Este pueblo es católico como el más, pero el día de elecciones serían capaces de asesinarme. Viceversas absurdas de nuestra cultura política. Yo sin embargo no me quejo y trato de servirles como has podido notarlos por las obras realizadas. Sigo siendo, como ves, un apóstol irremediable a quien no ofuscan ni el éxito ni la derrota. Soy el de antes, verdad?

Una vacada, era día de feria, casi los atropella en su paseo-inventario por el pueblo. Carlos no hablaba. Tal vez ni escuchaba. Pensaba en aquella distinta sensación recibida con la absolución, frente a la comunión. Acaso todavía no tenía la gracia. Porque era absurdo establecer esa diferencia entre los dos sacramentos. Pensó contárselo al sacerdote, pero no lo hizo porque no sabía exactamente cómo plantear la cuestión. Era demasiado subjetiva. La confesión le había dado una serenidad espiritual, aún una tranquilidad física incomparables. La comunión, que era consubstancialidad con Dios, no varió lo uno ni lo otro. Todavía gozaba de aquellos dos beneficios que le diera la confesión, pero no se habían modificado con la comunión. Definitivamente, concluyó para sí, aún la gracia seguía esquivo con él. Acaso no estaba dando una interpretación materialista a los sacramentos? El interrogante lo sobresaltó, pero brincó otro para respaldar su concepto: por qué, entonces, el ubicuo peón de estribo había desaparecido sin dejar rastro, pegado al silbato del policía que intermitentemente, cada vez más lejos, alertaba a los habitantes de que ya era tarde? Y por qué aquella bienhechora paz de que ahora disfrutaba su alma? Sus devaneos moralistas los quebró un campesino que se acercó al sacerdote para solicitar su consejo en un problema de divergencias conyugales. Coyuntura que aprovechó Carlos para despedirse, prometiendo al padre un regreso próximo.

Unos cerdos vocingleros y sucios interrumpieron la veloz partida de Carlos. Ya El Remanso iba quedando atrás, cubierto por una mañanera neblina, sobre la cual, como frágil barquichuelo, sobresalía apenas el ábside de la iglesia parroquial. Libre ya de aquél ubicuo peón de estribo que lo espoleaba y torturaba en el camino de Pocaterra a El Remanso, ahora podía sumergir su vista en el paisaje.

Un cielo absurdamente azul cobijaba el verde de todos los matices, contrastado y luminoso, de la comarca que atravesaba. Una morada letanía las paperas en flor, un escuadrón de gigantes rubios los maizales maduros. El riachuelo castañeteaba con el frío mañanero. Por las laderas de la montaña ascendía, alpinista criollo, el camino que lleva a la Capital. El cresterío se sucedía escalonado. Rugosidades sin fin. Carlos recordó a su abuela, su buena abuela, con el cuerpo achicado entre la piel por los años y los recuerdos, colmada de arrugas como esta arisca topografía montañera. Un burro sonaba su estrepitoso y desacompasado cornetín, con aspiraciones de cronómetro. Eran las once en todos los relojes del meridiano de Bogotá, aún en el de Carlos, pero eran las diez —recordó— las diez seguramente, en el reloj de Pocaterra, que el Padre Andrade había retrasado hacía años, exactamente en una hora, para que él y las comadres del poblacho, Inesita también, pudieran permanecer en el lecho algún tiempo más antes de asistir a la misa cotidiana. Al recordar el nombre de la muchacha, saboreó las letras con goloso placer, como rica confitura, pero la acidez del nombre de Margarita, contrarrestó el gusto, acabando por superarlo.

A Carlos le estaba haciendo falta ahora el ubicuo peón de estribo. El camino, sin lastres ni acicates, se le hacía largo, monótono, fatigante. El calor quemaba ya su rostro y golpeaba su espalda duramen-

te. Un sol de tierra fría que crepita sobre la piel pero no provoca la transpiración. Ni una nube en el cielo, ni una sombra en su alma. Se estaba aburriendo de ello. Definitivamente era un inconforme. Quizás un desataptado. No quería pensar, no podía hacerlo tampoco. Los árboles camuflaban aladas orquestas. Las hojas, con el viento, traían un rumor desesperante, igual, pegajoso. El ruido de los cascos de la cabalgadura sobre la reseca vía, asordinaban un poco aquella sinfonía circundante. Y todo era como un gran silencio orquestado, hecho de muchos ruidos desacordes, para el cual Carlos ambicionó poseer la batuta y escribir la partitura. El camino continuaba infinito, quieto, rojizo como una cicatriz, por la ladera de esas infinitas y quietas, pero verdiazules montañas, tan parecidas a la piel de la abuela.

Una casa en lo alto de una montaña. Chicuelos casi desnudos, rozagantes y de abultado vientre. Una buena mujer que accede a venderle un ligero refrigerio. Todo limpio, menos el vestido de la mujer y los rostros de los mocozuelos. Hay rosas y gallinas, un durazno y dos cerdos. Una cruz de madera y un aljibe. Un perro saltarín y una hilada de ropa recién lavada. Atrás la huerta y el potrero. Adelante, sobre la rústica puerta, la imagen desteñida de un santo. Arriba —sobre el cielo azul— otro matiz azul del humo que emerge desde la cocina. Huele provocativamente. A Carlos le duelen las entrañas. Pero sigue. Tiene hambre aún. El mismo hambre que sintió en la mañana, antes de comulgar. El olor vegetal, más abajo de la casa, lo adormece un tanto. Llena sus pulmones de un aire que sabe a vida, y recuerda de pronto aquellos interrogantes acerca de las diferentes sensaciones entre la confesión y la comunión, que esa misma mañana se le ocurrieran. Acaso no tendría todavía la gracia. Y entonces por qué el remordimiento, ese ubicuo peón de estribo, se había ido, sin dejar rastro, pegado al silvato del policía que intermitentemente, cada vez más lejos, alertaba a los habitantes de El Remanso de que era tarde? El nauseabundo olor de una carroña que los cuervos devoraban a la vera del camino con estridencia y entusiasmo, lo sacó de sus dubitaciones. Le pareció que la carroña era su remordimiento. O, mejor, su pecado abandonado a la voracidad de las aves y por un momento sintió compasión por él, que era algo suyo ya irrevocablemente perdido. Con el crepúsculo, rico en matices, llegó a la fonda de El Cortijo, en la cual pasaría la noche, en vía hacia la capital. Calmó el hambre con abundancia no menoscabada por el recuerdo de la carroña de la cual se saciaban los cuervos allá arriba, sobre la ladera de la montaña. Y se dedicó a observar aquel ambiente de arrieros y traficantes que poblaba de voces y marrullas la fonda caminera.

El espectáculo era digno de un aguafuerte para ilustrar un libro de andanzas caballerescas. Los años le habían dado a las paredes de la casona un color especial; pudiérase decir que era la piel, casi humana, del vetusto edificio. En un extremo del corredor, sentados sobre enjalmas y arrumes de aparejos, apestando a sudor y tabaco, unos arrieros jugaban al dado. El sonido casi metálico de los blancos cubillos, punteados en negro, sobresalía de la charla animosa, dicharachera, obsena a veces, de aquellos mozos que corrían la mirada con inquietud en busca de la suerte, que rodaba sin malicia sobre una ruana.

—Acérquese señor, que para todos hay.

Esto le dijo, dirigiéndose a Carlos, un mocetón cuadrado, que parecía tallado en roca por la contextura de sus músculos y la rotundidad de sus facciones. Carlos se excusó. Un chiste de tono agriamente verde y la risa estentórea de los jugadores, acompañó la mohina retirada de Carlos. En otro ángulo del patio, recatado por la vegetación, un vendedor de específicos, éste sí auténtico, hacía el amor a una de las sobrinas de la patrona de la fonda. Carnes prietas, colores subidos, gestos sin pudor, eran todo lo interesante de aquella moza veinteañera, complaciente y complacida. El hombre hablaba y acariciaba sin recato y sin pausas. La muchacha sonreía y se dejaba al capricho concupiscente del galán, siguiendo el consejo imperativo de la patrona de que el cliente siempre tiene la razón. Un seminarista, de regreso a la capital, ocultaba en su breviario la desaprobación de aquel ambiente. Peliducho y desgarrado, Carlos pensó que así debió ser el Padre Andrade veinticinco años atrás.

No había venta de licores en la fonda ese día, porque aún había huellas de sangre en el patio de El Cortijo. El domingo en la tarde, caballeros en buenas mulas, dos desconocidos de apariencia extraña llegaron a la fonda. Parecían gente de categoría.

—Por lo menos uno de ellos lo era de verdad.

Esto se lo contaba a Carlos la jamona patrona, con nimiedad detallista y palabras cansadas. La patrona olía a cebo. Lo femenino de su cuerpo era excesivo. Y tenía una piel barbuda muy masculina. Y también la voz. Pero la naturaleza parece que quiso exagerar sus líneas femeninas esenciales para que no hubiera dudas sobre su sexo.

Ella continuó:

—Llegaron y pidieron licor. Tomaron mucho. Como asustados hablaban muy pasito. Por un asunto de Panamá o no se qué, pelearon duro. El de más mala apariencia sacó un cuchillo e hirió al otro en un brazo. Una cuchillada grande. Los dejamos pelear. Al final, desangrándose, el de buena apariencia se retiró. Estas manchas de sangre en el patio son de él. El otro se volvió esa misma tarde por donde había venido. De la capital debía ser. Esta mañana se fue, por el camino que usted venía, el herido. Mal vendada la herida, parecía muy enfermo y muy triste. Y muy pálido también. Pagó la cuenta por los dos. Usted se lo debió encontrar en el camino, caballero.

Carlos negó con la cabeza, pero recordó que más allá de la carroña que los cuervos devoraban a la vera del camino con tanta algarazara y entusiasmo, un sujeto a caballo desvió por un atajo cuando lo avistó a él. No dió importancia al hecho, porque el dolor en las entrañas no le dejaba pensar en otra cosa. Y a propósito: de la cocina de la fonda llegaba hasta él un olor incitante y un barullo superior al provocado por los arrieros.

—Las cosas, Dios, que uno ve aquí y las gentes que conoce y las vidas que se sabe... Los guardas de la Renta, por lo de la sangre, me sellaron esta mañana el licor —remató la patrona en un tono de queja y de recapacitación.

Veinte años llevaba allí, luchando con arrieros malhablados, con traficantes tramposos, con gentes buenas y malas, de toda calaña y

condición. Allí había enterrado su vida y sus deseos. Una vida aparentemente satisfecha y unos deseos irrevocablemente insatisfechos. Ni un amor, ni un recuerdo. Resignación y voluntad de vivir. Acomodada a aquello de que el cliente siempre tiene la razón. Complaciente con todos y para todo. Ella misma para los buenos deseos de los clientes; por intermedio de las sobrinas, huérfanas hacía años, para los deseos torcidos. Tal su vida. Ni afanada ni quieta. Sencillamente rutinaria. Del rescoldo de sus deseos sacó uno por Carlos, cegada por aquellos ojos que ardían, que horadaban desafiantes la noche, dominante ya más allá del patio de la fonda. Una exclamación saturó su insatisfacción:

—Ay, Dios!

Carlos miró hacia el corredor. Ya no estaban ni la sobrina ni el vendedor de específicos, éste sí auténtico en su oficio aunque no lo fuera en las promesas que derrochaba para seducir a la moza. Dónde estarían ahora? Había estrellas en el cielo y un temblor en el bosque, más allá del patio de la fonda. Los arrieros seguían jugando, ahora con rabia. El seminarista se había retirado a su cuarto, para ocultar la pesadumbre de su alma cándida por la grosería del ambiente. Carlos comió algo más, incitado por los olores que llegaban de la cocina. Pero no deseó a las sobrinas de la fondera. Ya no deseaba nada. Se durmió como “un bendito”. Así decía su abuela para indicar ese sueño sin inquietudes, sin sueños, que proporciona la paz de la conciencia.

La mañana apareció encapotada, pero los gallos ensayaron al alba sus clarinetes. Amenazaba lluvia. Lluvia bien recibida en el campo, después del largo verano. Carlos se despidió. Pero antes había regalado a la moza que la noche anterior estaba amacizada con el auténtico vendedor de específicos, aquellas pequeñas cosas blancas y suaves, con calor a nido, que Pacote inventariara en la maleta del forastero. Se las dió con nostalgia por lo que significaron antes en su esperanza de ser padre. Se las dió socarronamente risueño, sin embargo, para que le sirvieran si su amartelamiento con el auténtico vendedor de específicos, o con otro cualquiera de los continuos visitantes de la fonda, algún día se cristalizaba en un hijo. Y se fue rápido. Temblaba de frío, pero la esperanza de concluir aquel viaje, lo animaba. Masticaba lentamente, una por una, las letras del nombre de Inesita. Con ello se alentaba y se distraía. Pero otra vez llegaban las letras del nombre de Margarita a dar acre sabor —como gotas amargas— a su recuerdo. Por qué este repetido recuerdo de alguien que hacía tanto había huído de su afán. Cosas del viaje y del cansancio, se disculpó a sí mismo, para barrer y borrar la inquietud. Un perro lo siguió buen trecho del camino, pero Carlos no quiso o no pudo identificarlo con nada de su vida, que nada era como propósito definido y definitivo y que carecía de lealtad a ningún programa que durara más allá de su inconstancia. Al final el can se regresó cansado y gruñón. Otro largo día de camino. Pero frío, entumecedor. Al atardecer llovió con reciedumbre. Carlos, apagado, tembloroso, dolido de cuerpo y alma por todo el camino recorrido y todas las cosas sucedidas, era casi un autómatas, dejándose llevar por la cabalgadura. Anocheciendo ya, divisó desde lo alto la Capital, clavada al valle con estoperoles de luz. Los caminos en descenso, sobre todo los caminos finales, son siempre fáciles y gratos.

EN LA RAIZ DE LA SANGRE Y DE LOS SUEÑOS

La casa de Carlos en la capital era todo un monumento de opulencia, profuso y de mal gusto. Y una hibridación absurda de lo viejo y lo moderno. Al lado de muebles petulantemente modernistas, toscas sillas de indudable origen rústico. Un bergueño bien labrado y una preciosa caja de música. Aperos caballares y algunas carabinas inútiles —rezagos de la última guerra civil— yacían confundidos en el cuarto de inservibles. Reproducciones al óleo de los grandes pintores, alternaban con cerámicas y quincallería quimbaya en insólito maridaje. Cortinajes vistosos, alguna araña de exquisita perfección, una alfombra de categoría, cristalería y vajillas en porcelana y plata, todo revelaba una boyancia económica no muy reciente y un mal gusto selectivo de la misma edad. Y cierto descuido y abigarramiento indicadores con evidencia de que los cuidados femeninos eran un tanto extraños a aquella casona. Unos grandes salones, los techos altos, puertas y ventanas casi gigantes, patios de mustia vegetación, un solar amplio sembrado de mil cosas distintas y al cual se llegaba directamente por la puerta cochera. Todo coronado por una fachada de la peor estética —sinembargo lo más moderno en la capital por entonces— que daba a la avenida principal del burgo, ya con humos de urbe.

Aquella noche al regreso de Pocaterra, Carlos no pudo dormir bien. Estaba demasiado cansado, pero la mente se negaba al reposo. Tendido en su cama, muellemente, fue recordando su vida; una vida de frustración, de inestabilidad, de inconstancia.

Su mismo nacimiento había sido un fracaso. La madre pagó con la suya la vida del hijo. Después, las atenciones de una criada, a falta de otras. Y los mimos sistemáticos, indiscriminados, agobiantes, de la abuela, que reemplazó con ese cariño todo el afecto por los hijos muertos. Todos los actos, buenos o malos, del muchacho, eran celebrados por ella con franqueza. Se tornó caprichoso, maleable, mimoso. Y las disculpas sin medida para todo lo que hacía el chico, crearon entre la abuela y el padre un tenso ambiente que aún no ha cedido, pése a los años ya corridos. Hace años no se hablan. Dos extraños vinculados por una pasión común: lo que uno y otro —opuestamente— piensan de las acciones de Carlos. Y así viven. Ella devanando en su rincón el hilo sin fin de sus recuerdos y tejiendo —a veces con el refuerzo de sus propias y lustrosas canas— otra bufanda más para Carlos, que vendrá a engrosar el surtido múltiple de ellas, aún sin estrenar. Y él, pasando la mayor parte del tiempo en sus fincas cafeteras del Quindío, apertrechado de pretextos para no visitar mucho a su familia.

Frente a Carlos, mientras mal soñaba su vida, pendía un enjuto árbol genealógico por su línea paterna. En la raíz un bisabuelo español con mohosos pergaminos de alcurnia, de los cuales nadie se preciaba ni dolía. Vino a tierras americanas en busca de un mejorestar que nunca encontró. Por los lados de Pocaterra y El Remanso sentó sus reales y descuajó la selva. Una criolla sin antecedentes conocidos se casó con él y compartió sus faenas agrícolas, sus sueños de riqueza, sus aventuras en busca de oro. Nada prosperó sinembargo, a no ser el número de hijos, doce sin contar sus aventurillas extraconyugales que

le valieron el apodo de "garañón" entre sus colegas de colonización. Era alto el bisabuelo, fornido, blanco de tez, duro de voz y corazón. A sus hijos se transmitieron todas sus características somáticas, pero en las generaciones posteriores se fueron desdibujando aquellas aristas vascongadas, hasta no quedar más que los ojos horadantes de Carlos que tanto inquietaron a Inesita y al buen Padre Andrade y cuyo recuerdo persistía iluminando las noches insomnes de la muchacha y los vagares —caballero en Covadonga— del párroco de Pocaterra. Para los descendientes del hidalgo español persistieron sin embargo la dureza de su carácter, su tosudez casi bárbara, su voluntad agresiva e insultante, su espíritu indomable y conquistador. Sus hijos y sus nietos heredaron aquellos atributos del primer Bautista llegado a América, con las arcas vacías pero ancho de esperanzas y ambiciones el pecho. Pasó a todos ese legado racial —desdibujado en cada generación pero siempre precisable— menos a Carlos y a Rafael, dos hermanos de contradictorios temperamentos, mimado el uno por la abuela materna, protegido el otro —en desquite— por el padre. Ambos —Rafael era apenas tres años mayor que Carlos— privados desde siempre del afecto maternal y ambos polarizados en el cariño de sus ascendientes, por ajenas razones a ellos mismos.

Del tronco hispano que en ese despoblado árbol genealógico Carlos rememora ahora sin asombro, arranca un su abuelo, pendenciero y juerguista, que a los quince años huyó hacia tierras quindianas en busca de más propicios horizontes y quizás para esquivar el severo control de un padre que nunca toleró los ocios. Allá se fue, sin equipaje distinto a aquél de sueños y esperanzas que el abuelo trajera cincuenta años atrás desde la remota Madre Patria. Convivió por luengos tiempos con una sencilla mujer del campo que le prestaba sin regateos sus servicios de criada fiel y hacendosa y le dejó como recuerdo de su amor sin condiciones un hijo, que al correr de los años, con el matrimonio, legitimaron.

—Ese es mi padre, pensó Carlos, recordando en su vigilia la secreta historia que la abuela con perversa malediciencia alguna vez le contara.

Vientos de boyancia soplaron para el abuelo y su fiel compañera. Las abras cafeteras se extendieron por amplios territorios de la comarca y las dehesas cobijaron lotes inmensos de la fértil región. Se hizo rico y cómodo a favor de la suerte. Y ahorrativo y sobrio. Sólo la compañera no cambió su canino sometimiento y su humildad rase-ra. Al hijo lo enviaron a la capital para que estudiara alguna profesión y limpiara así el barbecho intelectual que soportaba. Sin embargo, estaba demasiado crecido ya para concretarse a tan abstrusos ajetreos. Pero en su sangre estaban las decisiones rápidas, los acomodamientos insólitos, la absorción impensada de ambientes distantes y distintos. Una novia capitalina fue su hallazgo de los primeros días en la ciudad. Unos amores relámpago y el matrimonio como sorpresa para todos.

—Se casó con mi madre y las rentas —una vez muerto el abuelo —la abuela era apenas en el árbol genealógico un avergonzado brote que nadie mencionaba— le permitieron residenciarse en Medellín, sin abandonar por ello la administración de sus pertenencias. Mi

madre era una santa muy bonita, según cuenta la abuela, que siempre soportó callada los bárbaros modales de mi padre, tan buena que a pesar de todo le dió dos hijos —Rafael y yo— y el precio de su vida por la mía.

Carlos recordaba, ausente casi de otros afanes y de toda fatiga y miraba el doble ápice del árbol, seguido hacia abajo por el tronco grisoso que representaba a su padre y por una florecilla de color lila —simbolizando a su madre— que contrastaba bien con el brote vergonzoso de la abuela paterna. Todo era parco en aquel cuadro, excepto la descendencia del abuelo que casi en la raíz del árbol se desparramaba sin historia en todas direcciones. Y ahí no figuraban —desde luego— aquellos hijos que le valieran entre sus colegas de colonización el sobrenombre de “garañón”. Un árbol enjuto y seco, desmirriado, tal como su propia vida, cotejó Carlos en lo más hondo de su espíritu y un soberbio bostezo rubricó su amargura.

Muerta la madre, el padre continuó visitando sus pertenencias del Quindío, y cada vez fueron más espaciadas sus estadías allá. Apenas si se le veía por pocos días, dos o tres veces al año, en la Capital. Desde el inicio de su pugna con la abuela, por causa de Carlos, él parece haber cedido su sitio de mando en la casona. En tanto, distrae su vida por las tierras quindianas, en placeres crepusculares que hacen recordar por su intensidad los años viriles del abuelo. Toda la energía, recibida en herencia, la va quemando —derrochando— al par que su riqueza, sin que nadie, como no sea Rafael, se atreva a reconvenirlo por esas pasiones seniles que le dan una efímera alegría pero le van minando el cuerpo y el alma de manera fatal.

—Mi viejo verde, borrachín y tahir! Cuando vas a convencerme de que ya tienes la lápida en la espalda y no puedes abusar de tu organismo? Así le hablaba Rafael con filial ironía y un desparpajo que a Carlos sonaba muy descomedido.

—Lo que se hereda no se hurta, respondía sin apenarse ni enfadarse.

—Pero mi abuelo era muy joven cuando se dedicaba a tales arrebatos.

—Los años no están en el almanaque sino en el corazón.

—Trabaja en algo, al menos, para que distraigas tu vida. Que de nó, vas a morir con el sudor adentro.

—Ya cumplí con el deber educándolos a ustedes y soportando sin quejas la presencia de la abuela. Déjenme ahora vivir mi vida y no teman por los haberes que tengo. Ellos llegarán a ustedes intactos. La renta me basta, que mis gustos no son caros. Todos producto de la región.

—Pero esos gustos te van a matar!

—Mas pronto tendrán ustedes las haciendas y la abuela el mando absoluto.

—Pero qué haríamos nosotros con esas haciendas? No conoces bien nuestra ineptitud administrativa?

—Allá ustedes. Les legaré mi fortuna, pero no puedo legarles con ella un administrador, porque eso no se puede amasar y transferir como la riqueza.

—Supónte a Carlos de hacendado para que te convenzas de que no te puedes morir. Una ancha carcajada y un palmotazo en el hombro de su padre, rubricaron la frase que quiso ser irónica, pero era tremendamente cierta, como lo era también respecto de Rafael.

Porque Rafael era peor que Carlos en ciertos aspectos. Como hacendado y como otras cosas. Aunque el afecto de su padre por él —en revancha del que la abuela atesoraba para Carlos— disculpaba todas sus sinvergüenzadas. Y su buen humor invariable y su desaprensión más invariable aún, lo borraban todo y sólo dejaban ese suave calor de lo cordial, disolvente pero grato. Hizo su bachillerato en la Capital, más o menos bien. Supliendo con su desparpajo la poca atención que prestaba a sus estudios. Después quiso estudiar medicina en Europa. Y allá lo envió su padre con todo gusto y sin ningún regateo. Al cabo de los años regresó sin título, pero con una escandalosa colección de retratos de modistillas parisienses y cigarreras madrileñas, además de un buen surtido de reproducciones al óleo de los grandes artistas, las mismas que alternaban por los muros de los salones de la casa con aquella colección de cerámicas y quincallería quimbaya que el abuelo recogiera pacientemente por la región quindiana.

A Carlos se lo robó el sueño, cuando escalaba estos recuerdos de su parrandero hermano. Y soñó largamente con un pornográfico desfile de cocottes parisienses a las cuales había prestado Inesita su fresca cara y su cuerpo admirable. Después, en el sueño, fue vistiendo sus indecorosas actitudes y la impudicia de sus gestos y maneras, con hábitos talares de extravagante honestidad. Del cabaret de antes, pasó a un claustro monacal y las monjas, con la cara, y las manos, y la bondad de Inesita, desfilaban en piadosa procesión tras el cadáver del Padre Andrade, que a falta de crucifijo llevaba entre las manos una bella edición de "El Quijote". El cura se había muerto de tristeza, así lo supo en su sueño, porque José, aquél cuyo desequilibrio hormonal lo situó en la encrucijada de los dos sexos y le participó con equitativa hibridación pasiones y maneras, gustos y sentimientos de hembra y de varón, fue un día a su destartado despacho parroquial y le dijo: "Padre, vengo a proponerle que nos vamos de Pocaterra". "Por qué?" indagó el sacerdote. "Por que a mi ya no me fían y a usted ya no le creen". El cortejo lo encabezaba Pacote, caballero en Covadonga, y luciendo un sombrero grande y muy alón y una auténtica sonrisa de prójimo sabio. Y lo clausuraba don Nicolás, convertido en arriero, aupando su recua con palabrotas de subido color. No estaban ni el alcalde, ni Gabina, ni doña Margarita, ni don Tomás, ni los consabidos mozos que adoraban —en procaz competencia con don Tomás— a Inesita, ahora multiplicada por cien en la cara, las manos y la bondad de aquellas monjas. Su sueño proseguía absurdo y discordante. Los que no fueron al entierro los encontró de nuevo en el cabaret parisiense, bailando aparejados —el alcalde con Gabina, don Tomás con doña Margarita— un can-can muy sugestivo. Y los mozos otra vez en el convento, escondidos por todos los rincones, mientras José profanaba el salón de lectura con el arrume de sus libros prohibidos y su "Gabina" veintejuliera, que ahora desparramaba por todo el claustro su diccionario de palabras feas. El sueño lo interrumpió el silbato del tren que par-

tía, un silbato invasor y casi doloroso, que sin embargo alegraba a todos porque éste era ya un signo de que el burgo empezaba a tener humos de urbe. Carlos despertó sobresaltado, jadeante. Cuando comprobó que todo o casi todo era sólo un sueño, sonrió y se despezó con deliciosa serenidad.

Carlos era para la criada “el niño Carlos”, porque hay criadas que no se dan o no quieren darse cuenta de que los niños se convierten en hombres con el correr del tiempo. Su maternidad frustrada les desvía los afectos y les paraliza el raciocinio. Un raciocinio tan elemental como ese de que los niños a quienes ellas enseñaron las primeras letras y celebraron las primeras travesuras, algún día se convertirán en hombres hechos y derechos. Siguen siendo “niños” para ellas, porque así lo determina su maternidad frustrada. Claro que otras no les dicen “niños” ni siquiera a los niños, porque no frustraron su maternidad, aunque la vida de sus hijos sea peor que una maternidad frustrada, por el desamparo a que los someten las criadas olvidadizas que son sus madres, tan olvidadizas como los padres que son sus padres.

—El niño Carlos quiere el desayuno ya —preguntó con solícitud la criada?

—No, María.

—El niño dirá cuándo. Y se retiró sumisa, pero alegre de que “el niño Carlos” otra vez estuviese de regreso en la casa.

Porque nunca averiguó la criada a dónde iba Carlos, ni en dónde trasnochaba Rafael, pero estaba alerta a su regreso. A Rafael, especialmente, tenía que encubrirle en sus retrasos nocturnos para evitar que la abuela, con su tosuda malquerencia por los Bautista —exceptuando naturalmente a Carlos— reiniciara por milésima vez la diatriba impiadosa de la familia.

—De tal palo tal astilla. Sólo Carlos se salvó de esa mala ralea porque heredó de su madre buenas maneras y buena conducta.

La criada sabía que esto o algo peor diría la abuela si se enteraba de que Rafael llegaba a la casa la mayoría de las veces al amanecer, sospechosamente desaliñado y con una mezcla más sospechosa aún de tufo caro y perfumes baratos. La abuela, que mentía encantadoramente, preguntaba cada día a la criada por qué Rafael había llegado tan tarde, muchas veces cuando el mayorazgo de la casa aún no había retornado a la casa después de sus poco discontinuas vagancias trasnochadoras. La criada, entonces, mentía a la abuela y afirmaba que Rafael había llegado tempranísimo. Replicaba la abuela —aquí su encantadora mentira cotidiana— que ella no había “pegado los ojos” (textualmente) y que sintió cuando Rafael llegó a la casa muy al amanecer. Contrarreplicaba la criada que Rafael había llegado a las diez, pero —como siempre— había entrado de manera silenciosa para evitar que la abuela interrumpiera su sueño.

—Mentira, rugía ella—. Ese es como su padre y nunca tendrá consideraciones conmigo. Si fuera Carlos...

Aquí y así concluía el inevitable y casi diario diálogo y entonces la criada corría al cuarto de Rafael para atender sus deseos, que eran invariablemente unos tremendos deseos de algo líquido y fresco. Así vivía María, atendiendo con igual solícitud, con igual constancia,

con igual comprensión, los deseos y caprichos de los “niños”, a quienes ella enseñó las primeras letras y celebró las primeras travesuras. Así, sin alterar la dosis de aprecio y atención, manteniendo un perfecto equilibrio en sus servicios, sin descuidar a uno por el otro, y en veces multiplicándose milagrosamente para cubrir las simultáneas y urgentes solicitudes que Rafael y Carlos hacían de su ayuda.

—Me voy haciendo vieja, pero antes he de verlos casados.

Era esta la esperanza recóndita de la criada, como si con ello alcanzara la total aspiración suya en este mundo. Una esperanza que a más de recóndita ella apreciaba cada vez más imposible, dada la vida despreocupada que en este respecto llevaban los “niños”. Pero seguía aferrada a su esperanza, sin dejar de prometer a los santos mandas y más mandas para cuando se operara el consabido milagro, tan recóndito e imposible como su deseo. Ya la cuenta de sus promesas a los santos era tan grande, que para no quedar mal en el cumplimiento de sus mandas, lo mejor era que se resignase a ver solteros de por vida a los dos díscolos, extraños y volubles descendientes del viejo Bautista español, aquél a quien apodaron “garañón” sus compañeros de colonización, ya sabemos por qué.

Mejor que desayunar, Carlos fue a la pieza de la abuela para presentarle sus saludos, pero antes ordenó a María que le consiguiera los servicios de un coche. La abuela tenía sus manías. Bastantes más de las que aquí ya hemos enumerado. Podría decirse que eran manías de vieja, pero todo hace suponer que las adquirió desde niña. Una de estas manías era el protocolo que debía guardarse con ella para hablarle. Todos, invariablemente, debían anunciarse antes, por sí mismos o por intermedio de la criada. Para Carlos, naturalmente, había un régimen de cortesía distinto. La cajita de música, lo anunciaba. Deliciosa manera de cumplir una norma, de llevarle su manía por las audiencias previamente solicitadas. Abrió la cajita y una saltarina muñeca de dorado miriñaque empezó a girar graciosamente al compás de una leve cadencia de minueto, que Carlos identificó —aunque no pudo explicar la discordancia entre el ritmo y los acordes— con la música que acompañaba el can-can sugestivo que bailaron —en su sueño— el alcalde y Gabina, don Tomás y doña Margarita. Los primeros acordes daban puerta franca a Carlos para dialogar con la abuela. No debía esperar hasta el final, como antes lo hacía, porque el fresco de Rafael —que fue quien trajo a la abuela tan precioso regalo cuando regresó de Francia— solía poner a funcionar a escondidas el musical artefacto y la abuela esperaba en vano que Carlos apareciera.

—Dónde estuviste estos días, hijo?

—En un negocio profesional, abuela.

A Carlos le provocó contarle a ella todo lo sucedido. Pero sabía bien que aquello daría pie para que la abuela ensayara otra inventiva contra todos los Bautista, sin exclusión, recordando de paso a la abuela paterna, esa que apenas era un vergonzoso brote en el árbol genealógico. Carlos se sabía de memoria lo que diría la abuela:

—También tu vas por el mismo camino de tu padre? Vas a seguir esa vida aventurera e inmoral de todos los de esta casa? Pues claro, si lo llevas en la sangre. Gracias a Dios que tu madre está ya

en el cielo. Porque esta pena sí la habría matado. Y me matará a mí muy pronto.

Por ello Carlos prefirió callar. Unas palabras más y se retiró, dejando en su frente un beso, que a ella le devolvió toda la ternura posible en una anciana que ha visto correr los días y los años, las vidas y los hechos, en sucesión constante, rumbo al olvido y a la muerte, de la cual no escaparon ni sus propios hijos, sobreviviendo a todo con un cuerpo casi inerte que le impide todo movimiento de los miembros inferiores pero es ágil de manos para tejer sin término bufandas y más bufandas para Carlos en desquite por tantos sueños no cuajados, tantas esperanzas no cumplidas, tantos anhelos definitivamenteidos y tanto afecto acumulado en vano. La musiquilla seguía sonando pegajosa cuando Carlos salió. Así de breve fue su visita a la abuela aquella mañana.

Carlos se sintió de súbito muy fatigado. Magullado de cuerpo y alma. Para lo primero juzgó que era indicado un buen baño y —quizás— también para lo otro. El coche que había previamente solicitado, lo esperaba a la puerta de la casa y ordenó que lo condujeran a un conocido suburbio de la ciudad, en donde se habían recién inaugurado unos confortables baños públicos, que servían de pretexto para muchas cosas en la ciudad capital, inclusive para bañarse.

Allá topó, sin que le diera tiempo para evitarlo, con un antiguo compañero de estudios, que por los vericuetos de la filosofía encontró apenas una visible desviación del juicio. Leyó y releyó muchos tratados sobre la vida y la muerte, sobre el ser y el mundo, sobre la esencia y la materia, sobre la causalidad y los fenómenos, pero sin aprehenderlos cabalmente. Le quedó tan solo un barullo colosal de ideas, una indigestión de conceptos tan abrumadora, que si no lo condujo al manicomio sí lo inhibió definitivamente para continuar y coronar su carrera. Cansancio cerebral pronosticaron los médicos. Un prolongado aislamiento campestre le valió en algo, pero desvió —sin concatenación— todas sus aficiones hacia el misticismo. Cansancio del alma, diagnosticaron sus discípulos. Y ahí lo tenemos repartiendo consejos y oraciones por el alma de todo ser viviente, pues juzga —quizás en esto no esté tan falso de cordura— que el mundo está podrido, irremediablemente podrido y que si él no reza y reza sin cesar, algún día se desprenderá de su órbita —por lo podrido— y —aquí viene lo peor— dañará a los demás astros, como la manzana tan sabida.

—Hola Pepe, dijo Carlos sin más remedio que saludar.

—Carlos, qué tal? Qué hay de tu mala vida presente?

—Abundante de pecados a falta de otra cosa, respondió guasonamente Carlos. Y tu buena vida de siempre, cómo sigue?

—Estoy ahora muy ocupado y preocupado. Ya he dirigido varias cartas a los jefes alemanes y franceses para que salgan de este océano de pecado de una vez. Antes de que sea tarde. Antes de que la guerra los destruya a ellos. Porque la guerra es un castigo de Dios para los pueblos. Pero es peor la guerra en la conciencia. En la esencia de las cosas está el mal. En la esencia del espíritu está Dios. Y nosotros en la mitad, vivos como muertos, angustiados y anhelantes.

—Has vuelto a rezar por mí, Pepe?

—En estos últimos tiempos no he podido individualizar mis súplicas. Son tantos los malos que apenas globalmente puedo implorar por ellos. Pero te prometo que lo haré pronto, si los jefes de Francia y de Alemania me hacen caso y suspenden la guerra. Y te enviaré un libro para que edifiques tu porquería de vida.

—De veras, crees que es una porquería?

—Esta escrito que lo es. Ser o no ser, es el dilema y tu y yo nos polarizamos en el espacio y en el tiempo. El silogismo no es una disyuntiva, sino un método para raciocinar. La verdad nos hace libres para escoger, pero debemos aceptar lo que el destino nos depara en sus inescrutables designios, tan fatales como inhibitorios. Tu destino y el mío, son como el agua y el aceite, malo tú, bueno yo, mas siempre amigos, igual que el angel guardián y el hombre pecador, que el caballo y su apero, que la colilla y la ceniza, que la carne y el deseo, que el viento y la brizna. Pero no desesperes que la salvación llegará para tí por el camino del sacrificio, que es el más corto para ir del infierno al cielo, en tren expreso. Algún día serás como yo, que vivo alegre, confiado, intrascendente. No me preocupo sino por la suerte de los demás, pero la oración nos hace fuertes. Ya lo dijo...

Carlos se despidió antes de que Pepe pudiera continuar. Pues sabía bien que cuando él encontraba el hilo de su deshilvanado y absurdo discurso, era imposible que parara y más imposible aún, desprenderse de él.

—Adiós Pepe. Y cuando Carlos alcanzó la puerta del coche, aún continuaba Pepa masticando latines sin sentido por la salvación de las almas.

Carlos reflexionó —animado por el bamboleo del coche sobre el mal dispuesto pavimento— que quizás era mejor la vida de Pepe que la suya. Al menos —por lo extravertido— no sufría en lo íntimo, pues todo su deber se concretaba en ayudar a los demás. Su manía lo liberaba de lo suyo para concretarse en la maldad de los demás. No sufría por sí, no dudaba, simplemente vivía. A lo Pacote, pero con un arrevesado bagaje intelectual. Carlos, en cambio, era lo inconcluso, lo indeciso, amorfo y sin rumbo por insatisfecho y veleidoso. Así pensaba Carlos mientras el coche lo llevaba a su oficinal profesional.

Entre tanto, la ciudad se iba despertando para el quehacer diario. Las puertas de las casas y almacenes se abrían como bostezos sobre las vías, lentamente, como si la prolongación de este minuto inicial de la jornada ofreciera muy honda satisfacción. Los alardes de urbe que ya tenía la Capital —pero aún muy imprecisos— cuajaban en una plena actividad económica. Que a Carlos no interesaba mucho, ni a Rafael tampoco. Pero la fuerza de la raza estaba allí a pesar de ellos, latente y pugnaz para crecer y vencer, para ser, con el tiempo, una audaz realidad, paradigmática y tosuda. Apenas se adivinaban —recatadas— las chimeneas de las fábricas, pero ya se sabía —sino de la garra creadora— que no tardaría mucho en que ellas fueran un bosque sobre el paisaje de la ciudad, fabril y febril, compitiendo en altura con los ábsides de sus iglesias. Los edificios eran chatos, pero ya se

sentía —como el reventar de la semilla— el empuje hacia lo alto que propiciaría la era del cemento. Todo tenía todavía el contorno esquemático de un prólogo, pero la obra ya asomaba promesera por todos los ángulos del valle. Los propósitos estaban en esbozo, pero había greda bastante para cristalizarlos. Aún la crónica local tocaba los lindes del chisme intrascendente, pero en las almas y en la voluntad de las gentes ardía tenaz el ánimo de crecer, el afán de triunfar, el empeño de ser los mejores y los primeros en la vida nacional.